

DEBATE

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Siempre que vengo a Chile tengo el mismo problema: cuando se habla de las poblaciones en Santiago, se habla del "mundo poblacional". Yo quiero traducir "mundo poblacional" a los lenguajes sociológico-políticos que usamos en otros lados, y no sé bien qué es, cuál es su referente, cómo se define. Da la impresión de que tiene un referente territorial, pero después se lo usa en los trabajos como algo más que "barrio". Creo que con ese término se pretende denominar algo mucho mayor que el lugar donde la gente vive. Hay toda una heterogeneidad de esos lugares de residencia que resulta oscura para el que no posee el código cultural de los que hablan del "mundo poblacional". Entonces, en primer lugar les pido una aclaración, alguna posibilidad de traducción de tal noción. Sabemos que la gente se mueve en distintos ámbitos y, según sea su ámbito de actuación, será la definición del oponente y la constitución de cada actor; por lo tanto, si la "población" tiene como referente el ámbito residencial, de inmediato imagino el tipo de demandas y el tipo de organizaciones que en ella existirán, ligadas a reivindicaciones urbanas, a los temas barriales, a la política local, a la constitución de mecanismos de participación y representación, a los servicios de consumo colectivo, a la temática de la reproducción. Esos son los temas de base residencial, que no son los mismos que los de los sectores subordinados en el mundo del trabajo. Evidentemente en Santiago hay un repliegue comunitario, la gente está saliendo menos del barrio o población, y de ahí que la base residencial se esté convirtiendo

realmente en una base de organización que va más allá de las demandas residenciales. Este es un tema que me parece vale la pena de ser más explorado. Pero pedir a los barrios que también tengan elementos de identidad culturales y políticos —eso parece estarse pidiendo aquí al "mundo poblacional"—, es tomarlos como una clase social en la escala nacional.

Me pregunto entonces con qué sujeto estamos trabajando; si no le estamos pidiendo demasiado al "mundo poblacional". En la encuesta de SUR hay una pregunta sobre la identidad de clase, en la cual se presentan como opciones "clase baja", "clase obrera", "clase media", "pueblo". De ahí se saca una interpretación muy fuerte sobre el hecho de que una proporción muy alta se identifica con la clase obrera, y esto refuerza la tesis de que existiría una especie de "memoria obrera" en estos sectores poblacionales del Santiago de hoy. Respecto a esto, tengo grandes dudas. Veo las alternativas que se le dan a una persona en este cuestionario, y concluyo que la "clase obrera" es la más concreta de todas, la que mejor puede producir identificación; "clase baja" es muy difusa, "pueblo" lo es más todavía.

RENE MAYORGA (CERES, Bolivia). Es bastante saludable la posición que se refleja en las dos ponencias, como es el cuestionamiento de una de las tesis que se manejaron a fines de los setenta, e incluso a principios de los ochenta, aquella de que los movimientos sociales urbanos podrían ser portadores de una transformación social radical, sustitutos del rol revolucionario

que se había atribuido tradicionalmente a la clase obrera. Pero quiero plantear un par de preguntas de carácter metodológico.

En primer lugar, me llamó la atención que el método de intervención sociológica fuera aplicado sólo a nivel de los militantes en las organizaciones poblacionales, y no a nivel de lo que se podría llamar las bases. Y por qué, para saber cuáles son los comportamientos políticos de la base se aplicó la técnica tan trillada de la encuesta. Me llama la atención el retorno al positivismo o al dato empírico, porque el método de intervención sociológica se desarrolló precisamente porque la encuesta tiene un carácter muy limitado para el conocimiento científico, ofrece pocas bases cognitivas para poder deducir desde ahí comportamientos políticos de largo alcance.

La segunda pregunta se refiere al planteamiento de la *identidad* que se maneja en el texto de Eugenio Tironi. No se puede plantear la identidad de grupos sociales a través de una perspectiva endógena, tomando como punto de partida la propia percepción que tengan los actores sociales. En este trabajo existe la tendencia a asimilar el concepto de identidad a lo que los propios actores piensan de sí mismos, y por esa razón se llega a una aseveración bastante discutible: "La identidad obrera no refleja en absoluto la experiencia o la situación ocupacional de los pobladores; ella expresa más bien un anhelo de integración económica". Se puede llegar a este tipo de aseveraciones porque se asocia la noción o concepto de identidad con la conciencia de objetivos, de demandas o de anhelos, pero no se toma en cuenta

que puede haber un quiebre entre lo que piensa algún actor de sí mismo y de sus prácticas sociales, y su propia realidad objetiva. Desde el viejo Marx sabemos que la realidad de un actor social no es lo que él piensa de sí mismo, y que hay una serie de rupturas entre orientaciones y prácticas políticas. Por eso el resultado de encuestas no va a corresponder necesariamente a prácticas concretas en el campo político. En el escenario boliviano, por ejemplo, se puede demostrar que, a pesar de que en los sectores barriales se observa una gran desconfianza frente a los partidos políticos y frente al Estado, esto de ninguna manera afectó la participación activa en la fase de transición democrática; esto es, puede haber perfectamente un comportamiento apático frente a la democracia y, sin embargo, producirse en ciertas circunstancias una participación política activa.

ERNESTO TIRONI (CED, Chile). Quiero hacer un comentario sobre la manera en que observamos y caracterizamos a los pobladores, y todo lo que esto oculta. Por ejemplo, la calificación de la participación social de los pobladores como baja, cuando 30 por ciento está en algún tipo de organización. Esta no es mi especialidad, no sé cuál es la diferencia con otros países de América Latina, pero creo que no se puede hablar de anomia y desintegración con tales antecedentes.

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia). Lo que me parece totalmente acertado de lo que dicen Campero y Eugenio Tironi es que las imágenes positivas tienen que ser abandonadas. También me parece adecuado renunciar a ese tipo de esencialización de la comunidad y del pueblo en la cual durante una época vivimos hundidos. Esa visión culturalista obviamente no corresponde a los movimientos sociales urbanos.

Por otra parte, creo que se ha demostrado desde hace tiempo que ellos tampoco existieron en la forma en que pensaba Castells a fines de los 60. Pero aquí surgen mis dudas.

Campero y Tironi concluyen poniendo de relieve las conductas de adaptación limitada, de instrumentalismo, etc., y esto no me satisface. Aquí en Santiago tuvimos al menos dos experiencias que se alejan de esa representación. La primera, el entierro del Padre Jarlan; la segunda, la visita del Papa. Durante horas, días, semanas, por detrás de este instrumentalismo limitado apareció un mundo en parte simbólico, en parte imaginario, pero con una carga afectiva enorme en la cual toda la gente reconoció algo; no hablemos de movilización, pero algo existe. Hay una estrategia de adaptación a una situación negativa; las personas tienen que vivir con una imagen de sí mismas y del medio ambiente que les permitan sobrevivir psicológicamente. Por esto bajan su nivel de aspiraciones y, en el extremo, aceptan una participación muy heterogénea en la fe.

El segundo aspecto de la misma inquietud se refiere a la no separación de subtipos en las poblaciones, a su definición genérica como grupos pobres sub-privilegiados y comunidad excluida. Contra la imagen estereotipada del movimiento de clase y el movimiento de liberación nacional, creo que los pobladores no son totalmente excluidos, aunque están abajo, dominados. Tienen una identidad en tanto comunidad que combate a un enemigo, el Estado militar; y a la vez tienen una visión global de la sociedad, de la reunificación, de la anti-individualización. El tema fundamental es que estos elementos están destrozados; hay un movimiento social destrozado, desarticulado, hecho pedazos. La respuesta del siglo pasado a esta situación fue el partido, la vanguardia, los intelectuales. Aquí, por una serie de razones, hay un rechazo violento de esta imagen, hay una autonomía que llama mucho la

atención. El escenario social y político chileno está dominado por las tentativas de movimientos sociales que no pueden transformarse en una figura, en un personaje, y es aquí donde surge la responsabilidad de los intelectuales, de los sociólogos: intentar ver las cosas que no se organizan — como lo que en el inconsciente se halla disociado entre forma y palabra—; dar con las figuras, nombrar aquello de lo que no se puede hablar.

Veo un serio peligro en la situación actual: después del período 83-84, durante el cual se pensó que las demandas sociales y la salida a la democracia eran un solo proceso, hoy todo el mundo está convencido de que hay que dar prioridad a la solución política, lo que oculta los problemas sociales. Creo que para la construcción de la base de democratización es muy importante inventar categorías, probablemente menos positivas que las comunitarias y clasistas, pero que nos ayuden a entender este movimiento social ausente, quizás imposible, pero necesario.

FRANCISCO LEON (ILPES-CEPAL, Chile). Tanto Eugenio Tironi como Guillermo Campero se han referido a la realidad poblacional de Santiago, que difiere de la situación en provincias. No hay otras ciudades en Chile, y hay muy pocas en América Latina, donde la violencia de los sectores altos de la población en relación a los sectores que aquí llamamos "poblaconales", sea más fuerte en términos de condiciones de vida y de cambios en las condiciones de vida durante un tiempo tan breve. Mientras las soluciones habitacionales para los sectores más pobres han disminuido en metros cuadrados y en calidad de los materiales, las casas del "barrio alto" de Santiago se olvidaron del DFL 2 y, obviamente, los materiales también se distanciaron bastante de los que eran en la época de la Promoción Popular

de Frei. El proceso de diferenciación social de Santiago es violento, y me pregunto por qué ese tema no fue abordado con más fuerza.

Mi segundo punto está relacionado con la incitación que nos ha hecho Tironi respecto a la posibilidad de un esquema como la Promoción Popular de los años 65-68. En el fondo, desde hace trece años en este país estamos asistiendo a situaciones que indirectamente tienen mucho que ver con el movimiento poblacional. Primero, el número de comunas de Santiago se ha más que triplicado; el año 67 el departamento Pedro Aguirre Cerda representaba más del 80 por ciento de todo lo que llamamos poblaciones; y hoy en día no hay una sola comuna de Santiago que represente más del 10 por ciento de los pobladores de Santiago, lo que refleja un fenómeno de "municipalización" importante. Segundo, se han municipalizado los servicios: la educación, la salud, el PEM y el POJH. Tercero, existe el Fondo Nacional de Desarrollo Municipal, que es muy importante para la asignación de recursos. ¿Qué pasa cuando se hace un proceso de democratización manteniendo esa institucionalidad? ¿Qué pasa cuando introducimos la Junta de Vecinos a municipalidades pequeñas, a municipalidades con servicios municipalizados, con acceso a un fondo nacional de desarrollo regional? Quizás eso funciona y es mejor que cambiar todo para volver a la Promoción Popular. Cuando hablamos de Promoción Popular, estamos hablando de una relación determinada entre Junta de Vecinos y partido. Aquí hay algunos colegas bolivianos; una de las cosas que he reflexionado acerca de Bolivia, son esos organismos llamados *comités cívicos*. Resulta que los comités cívicos pusieron a las regiones en contra del gobierno militar. Sus identidades serían muy poco democráticas, pero tenían una expresión regional muy fuerte, y los comités cívicos son hoy en día más importantes que los diputados que representan a la región; los diputados

les tienen terror a los comités cívicos.

Me pregunto, cuando se creen Juntas de Vecinos representativas, ¿qué va a ser más importante para los pobladores: las Juntas de Vecinos o los regidores? Antiguamente las Juntas de Vecinos estaban muy lejos de las Alcaldías, pero ahora van a estar muy cerca, porque son pequeñas. Ahora no hay la "Pedro Aguirre Cerda", sino ocho o diez municipios con sus respectivos Alcaldes.

CRISTIAN PARKER (CERC, Chile). Me pregunto hasta qué punto la definición territorial de "mundo poblacional" no es un sesgo que tenemos los chilenos para abordar el mundo de nuestras clases populares. También en el problema de la exclusión o inclusión, la integración o no integración de estos sectores, me parece podría haber un problema de perspectiva teórica y metodológica, en la medida en que quizás allí estos mismos igualmente construyendo ciertas fantasías; porque, ¿hasta qué punto no es cuestionable pensar que los pobladores estaban integrados en lo que llamamos "Estado de compromiso", y que ahora, bajo el régimen militar, están excluidos? ¿Hasta qué punto en el seno de la cultura popular urbana no ha existido siempre la conciencia de ser sectores excluidos? Lo planteo por lo siguiente: en las investigaciones que he hecho a nivel de poblaciones, aparece una clara apatía frente a la democracia, frente a los partidos políticos; pero si definiéramos a estos sectores en términos culturales, esto es, cultura dominada, subalterna, de alguna manera aparece un cierto principio de identidad que excluye aun a los agentes externos, y en ese sentido excluye también a los agentes políticos y a los organizacionales.

Hay un segundo punto que quiero plantear, referente a la constitución del conjunto de representaciones simbólicas en el mundo popular urbano. Eugenio Tironi planteaba que no hay un factor religioso que aparezca como

elemento de identidad significativo; que hay más bien una tendencia a la secularización. Creo que eso es efectivo —sobre todo si se plantea en términos de las representaciones sociales— por un factor muy evidente, como es la escolarización, que ha significado una integración a pautas de representación bastante secularizadas. Sin embargo, creo que también es necesario destacar en el mundo simbólico popular una heterogeneidad muy grande, en el sentido de que hay una serie de prácticas de la vida cotidiana que recurren a explicaciones o representaciones religiosas que no están relacionadas en forma coherente con representaciones sociales o políticas. En nuestras investigaciones hemos constatado que hay personas que pueden ser muy religiosas en el plano del sentido de su vida —en el bautizar a las guaguas, en los velorios—, pero que en el plano de sus representaciones sociales pueden ser absolutamente secularizados. De alguna manera, entonces, hay prácticas cotidianas que recurren a representaciones distintas. Creo que en términos de lo político, en los sectores populares se da un conjunto de representaciones colectivas que adolecen de un cierto grado de superficialidad, en la medida en que la representación de la sociedad es muy parcial. Muchas veces lo político puede expresar una mera opinión, y no constituir una representación colectiva de la sociedad ni estar en coincidencia lógica con otro tipo de imágenes o de símbolos colectivos.

Por último, es un desafío ver hasta qué punto nosotros, como sociólogos, como científicos sociales, estamos logrando captar un pensamiento social al que, de alguna manera, queremos atribuir cierta lógica y cierta racionalidad. Creo que a veces nuestras categorías interpretativas son insuficientes para captar la complejidad de un mundo que nos es ajeno. Es necesario partir reconociendo la alteridad del mundo popular urbano para poder captarlo, o intentar captarlo en términos com-

prensiva desde su propia matriz cultural.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Tironi termina su ponencia con una pregunta que me parece muy pertinente: ¿cuál es el eco, en la masa de pobladores, de las orientaciones de los militares? No sé si la encuesta de SUR encuentra respuesta a esa pregunta; me parece que hay un avance, pero que no la responde, entre otras cosas por un factor que se ha visto anotado, como es el uso de un instrumento como la encuesta. Pareciera que todos concluimos que los canales de movilidad social están cerrados; que no se puede pensar en la existencia de un proceso de movilidad social; que lo que existe es un proceso de diferenciación social fragmentado. Mi pregunta es: ¿no habrá, o no será posible, descubrir otras formas de movilidad social, y otras formas de identidad social, que no sean a través de los canales clásicos referidos a las expectativas de empleo u ocupación? Digo esto porque me parece que en buena parte del mundo urbano en América Latina —y no sólo en el mundo urbano— existen canales de movilidad social no institucionalizados o no reconocidos, y que tienen que ver con prácticas informales (en Colombia, por ejemplo, están ligados al tráfico de drogas). Si esto es así, sería importante saber quiénes tienen éxito en la población, por qué lo tienen y cuál es la explicación de los pobladores para ello. Y esto me lleva nuevamente al tema de la identidad obrera. Recuerdo un trabajo de un colega peruano, que analiza el significado de la "identidad obrera" en el caso de los obreros, de los dirigentes sindicales, y una de sus conclusiones es que parte del radicalismo político está asociado a una búsqueda de movilización social*.

MIGUEL LAWNER (ICAL, Chile). Soy un arquitecto que tuvo una práctica de trabajo en las poblaciones entre los años 50 y 70. Al regresar a Chile en 1984 he vuelto a hacer lo mismo que hacía antes, de manera que no idealizo lo que eran los pobladores ayer ni lo que son hoy día, ni en sentido positivo ni en negativo. Efectivamente, como lo decía Cristián Parker, los pobladores antes eran excluidos del sistema, aunque hoy no en los términos represivos de hoy. Todo lo que conquistaron, salvo escasas excepciones, lo conquistaron arrebatándolo al sistema.

Lo otro que quiero defender en esta reunión es la institución política. Pienso que una característica acentuada de la sociedad chilena, que existió antes y que por fortuna se conserva, es una fuerte adhesión política de la población en los niveles que fueran. Creo que ése es uno de los valores que debemos defender si efectivamente queremos construir un régimen democrático. No se me ocurre que se pueda sustituir a los partidos políticos en el modelo social que sea. Si observamos las elecciones que han tenido lugar en los escasos espacios de libertad que se han conquistado —en las organizaciones estudiantiles, sindicales, de profesionales— invariablemente las posturas se basan en una condición política, de orientaciones políticas, y eso es un valor que tenemos que preservar.

EUGENIO TIRONI (SUR, Chile). Respecto a las observaciones de orden metodológico. En la intervención sociológica agrupamos a gente que llamamos militantes, pero que no son dirigentes de cúpula, sino hombres de base a nivel de las poblaciones. El método se orientó pues a caracterizar las actitudes y representaciones de los *militantes* del movimiento poblacional. Por otra parte, la encuesta estaba destinada a conocer opiniones y disposiciones de la masa de los pobladores. Mi ponencia es el primer intento de integrar ambos enfoques. Lo que me parece decisivo

es que un análisis hecho a partir del puro "movimiento de pobladores" es sumamente restringido. Por lo tanto, es importante conocer qué eco tienen sus orientaciones dentro de la masa; para ello es fundamental algún método, y no conozco otro mejor que la encuesta.

En cuanto a la pregunta de Elizabeth Jelin respecto a lo que los chilenos llamamos "mundo poblacional", creo que en realidad es una interrogante que pertenece a un debate que se arrastra por más de 20 años, en el que se discute si la definición debe basarse en criterios ecológicos o socio-ocupacionales. Creo que en el fondo llamamos pobladores a aquello que no sabemos cómo llamar, y que formó parte del mundo popular que habita en Santiago: es sin duda un fenómeno santiaguino, pero Santiago abarca el 50 por ciento de la población del país.

Evidentemente hay allí una dimensión de marginalización económica, y también un elemento espacial, referido al vivir en las zonas periféricas de la ciudad. Esta última dimensión tiene un peso creciente a raíz, primero, de las grandes políticas estatales de erradicación, orientadas a sacar bolsones de pobreza —esto es, de pobladores— de comunas de clase media o alta, y situarlos en zonas ecológicamente periféricas. En segundo lugar, hay un proceso de fragmentación municipal también orientado a lo mismo, a fijar una clara jerarquización de los municipios en altos, medios y bajos. El caso más claro es el de la comuna de Ñuñoa, que reunita sectores de población muy diversos, y fue dividida en comunas *ad hoc*, una para pobladores y otra puramente de clase media.

El peso de la dimensión espacial se da también en el interior de las poblaciones, operando como un mecanismo de movilidad social tan importante como la educación o el trabajo. Hay ciertas poblaciones, por ejemplo las que quedaron cerca de la Avda. Grecia, que hoy tienen un estatus mucho más alto que otras que fueron creadas en

* J. Parodi, *Ser obrero es algo relativo. Obreros, clasismo y política*, Lima: IEP, 1986.

las mismas condiciones, en la misma época, con los mismos materiales, pero quedarán ubicadas en Conchalí, Pudahuel o La Granja. La gente de las poblaciones entiende que, en función de la movilidad, lo fundamental es trasladarse de barrio. En Santiago hay una comuna de transición —La Florida— a la que accede la gente que logra salir de la población, abandonar su condición de "poblador". Y cuando una persona no puede salir de esa condición marginal, trata de cambiar de medio a los hijos haciéndolos ingresar a escuelas privadas localizadas en otras comunas, para que se socialicen en un medio diferente al de la población. El criterio espacial, por lo tanto, aparece como un importante canal de movilidad social para los pobladores, y constituye así un factor digno de ser explorado.

Respecto al problema de la identidad, estoy de acuerdo en que el sistema de medición que empleamos es sumamente primitivo, pero en todo caso hay una cierta lógica en las respuestas. Por ejemplo, los hombres optan en mayor cantidad por lo que en la encuesta se llama "clase obrera", mientras la mujer lo hace por la opción "pueblo" o "clase baja". Por lo demás, no creo que en Chile la noción "clase obrera" sea más concreta que la de "clase media"; tengo la impresión de que la noción de "clase media" tiene muchas más connotaciones prácticas que la de "clase obrera", pero en todo caso es cierto que hay allí problemas que debieran ahondarse.

Confieso que también fue una sorpresa para mí el proceso de secularización que se manifiesta en los pobladores: tenía la impresión de que el peso de la religión y del renacimiento religioso eran mucho más altos. Una explicación, muy hipotética, es que quizás se dé una convivencia bastante singular entre la secularización a través de la educación y una religiosidad de tipo ritual y espiritualista. La religión como factor de cohesión del grupo es mucho menos importante, por tanto,

que la religión como canal de salvación *individual*; vale decir, que la religión es vivida en términos más "protestantes" que "católicos", para usar la popular distinción weberiana.

Por último, quisiera hacer mención de algo que no se ha dicho, pero que se me ocurría a propósito de algunas intervenciones. Quizás hemos sido muy pesimistas respecto a la concertación social, por la incapacidad de hacer de los pobladores un grupo de presión. Sin embargo, creo que la existencia de una *identidad obrera* podría permitir que el movimiento sindical —el cual cuenta con legitimidad en el mundo poblacional— sea capaz de absorber demandas poblacionales de un modo más o menos efectivo llevándolas a un sistema de conflicto institucionalizado.

GUILLERMO CAMPERO (ILET, Chile). Quiero referirme a una observación que le hicimos a Eugenio Tironi, relacionada con el problema de las encuestas y sus resultados. El trabajo de SUR y el mío fueron paralelos, y es primera vez que nos encontramos con los resultados. Es sugerente entonces que un trabajo como el mío, hecho de manera tan distinta, con 44 grupos de base y casi un año de entrevistas individuales y colectivas, de debate con la gente sobre su propia experiencia y sus relaciones con el medio, lleve a conclusiones semejantes. No quiero decir que esto cierre el debate sobre metodologías, pero sí que incluye elementos que hay que considerar.

En cuanto al tema poblacional, no utilizo ni propongo la noción de "mundo poblacional". Prefiero hablar de "poblaciones" y "pobladores"; son tal vez nociones descriptivas de un nivel más bajo, pero más precisas y que pueden ser identificadas. Por otro lado, en poblaciones y pobladores hay movilizaciones, hay luchas sociales, hay relaciones políticas, hay cosas que ocurren en un espacio. No hay sólo que discutir la idea del mundo poblacional, sino también entender que allí

ocurren cosas, y observar cómo ocurren.

René Mayorga decía que hemos negado el papel de estos sectores como agentes de una transformación social radical. Creo que no; uno puede decir incluso que sectores como éstos pudieran ser perfectamente actores de esa transformación social radical, aunque no necesariamente sean actores estructurados, autónomos, con ideologías o estrategias propias, y aun como actores de tendencia clientelística. Porque una gran masa clientelística que es capaz de votar de repente por alguien parecido a Ibáñez en el 52, se convierte en un actor central de un cierto tipo de proceso de transformación. Entonces, hay que pensar qué tipo de actor va a ser el sector poblacional, cuán construido está; y tiendo a pensar que se construye desde fuera, a través de la acción partidaria, de la acción religiosa de la Iglesia.

Francisco León decía que no hablamos de los elementos de oposición. Creo que tiene razón, que hemos insistido más bien en la dimensión de la identidad. Pero sí existe un elemento de oposición que ha sido expuesto, y es la oposición de los pobladores a la exclusión social, política, económica. Sin embargo, esa oposición no es ruptura, no refleja una tendencia a salir fuera del sistema. Hay más bien estrategias de adaptación, formas de integración, la gente intenta estar dentro.

En cuanto al tema de la política, que plantea Miguel Lawner, tengo la impresión de que entre los pobladores hay una percepción positiva de ella. El problema es el tipo de acción política, incluso la que se define como la más cercana a ellos. Me refiero al activista político que actúa tratando de presentar estrategias en el medio poblacional y representar a los pobladores en los partidos. Por ejemplo, yo preguntaba en los debates individuales y colectivos sobre las protestas, y la gente estaba poco interesada en la presencia de lo que se llamaba sus referentes políticos, que intentaban normalmente que las

protestas fuera en el centro de Santiago y no en la población, porque el centro es el lugar político y ahí se realiza el hecho político. La gente quería mejor protestar en la población, donde estaban sus relaciones más directas. Sin embargo, la presencia de dirigentes

políticos era vista como algo tremendamente positivo y necesario, porque significaba protección y vínculos con otros sectores de la sociedad que permitían sortear el aislamiento. Entonces, hay una percepción positiva de la política como función que se debe cumplir

y que es importante. El problema se da más bien con quiénes hacen política cotidianamente en el medio poblacional, y que no son la cúpula. Yo diría que la cúpula política tiene mucha más posibilidad de ser aceptada y percibida favorablemente que quienes actúan directamente en el medio poblacional.

